

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ASPIRACIONES



—Mi novio siempre dice que él quisiera ser comendante. Y usted
¿qué quisiera ser?
—¿Yo? Pato.
—¿Para qué?
—Para que vinieran los niños á echarme pan todas las tardes.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Cosas de ellos, por José López Silva.—Humoradas, por José Estremera.—El conflicto de las cerrillas, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—¡Viva la Pepa!, por Eduardo Bustillo.—Diálogo edificante, por Sinesio Delgado.—Dos novias, por Joaquín Álvarez Quintero.—El padrenuestro, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Aspiraciones.—Preparativos electorales, por Cilla.—La disculpa, por Escaler.—Anuncios, por Cilla.



Las autoridades madrileñas llevaban unos cuantos meses de disgusto porque no había surgido ninguna catástrofe, y esto les quitaba importancia.

Por fin ocurrió el incendio de la calle del Arenal, y con este motivo han brillado las dotes del gobernador, el alcalde, los tenientes Fulano y Perengano y los celosos inspectores P., Q., R., S.

No hay nadie en el mundo más dúctil que un periodista; en cuanto tiene ocasión, ya está citando nombres y deshaciéndose en elogios de las «dignas autoridades.»

Ocurre un incendio: sucumben nueve ó diez vecinos; derrúmbanse las paredes, húndense los pavimentos; seis familias quedan en el desamparo; nada de esto tiene importancia para el periodista. Lo verdaderamente notable, lo maravilloso, lo sorprendente es el celo del gobernador, «que se presentó en los primeros momentos,» dictando órdenes y salvando con su arrojo la vida de un perro perteneciente á la inquilina del segundo.

Suele ocurrir en los incendios que las bombas no pueden funcionar á causa de su mal estado y que las escalas de salvamento no sirven para nada; pero allí está el alcalde desde los primeros momentos, inspirando valor con su presencia á las víctimas. Yo no estuve nunca en ningún incendio, pero se me figura que dirá el alcalde:

—Tranquilícense ustedes, que estoy yo aquí; no esperen ustedes nada de las bombas, porque están deterioradas, ni de ninguno de los útiles necesarios en esta ocasión. Confíen ustedes en Dios y en mi persona, que representa al municipio.

Lo único que he presenciado ha sido el ciclón famoso de 1886. Es decir, yo llegué á un lavadero, donde acababan de perder la vida dos ó tres personas, y lo primero que vi fué un teniente de alcalde con chistera, bastón de borlas y un botón de la cruz de Carlos III en el ojal. El hombre estaba sentado sobre un cubo de lejía, y en cuanto supo que yo era periodista, vino hacia mí como una flecha para decirme:

—Ya ve usted qué desgracia. ¡Tres víctimas! Yo no sé si sabrá usted con quién habla.

—No, señor.

—Pues con el teniente de alcalde Rodríguez Becerrón.

—Muy señor mío.

—He dado disposiciones acertadísimas, aunque me esté mal el decirlo. En los primeros momentos cogí en brazos á una lavandera y la salvé de la muerte tapándola con un cesto. Tendré mucho gusto en que consigne usted en su periódico este acto; puede usted decir también que las autoridades rivalizamos en el cumplimiento de nuestros deberes.

Yo me resistí cuanto pude á consignar estas circunstancias, pero no faltó quien fuera por la noche á la redacción del periódico para que no dejáramos de decir que Rodríguez Becerrón había hecho heroicidades con motivo de la desgracia.

—Sí, señor—exclamaba el emisario del teniente de alcalde.—Rodríguez Becerrón merece que se le cite con elogio.

—¿Qué hizo?—pregunté yo.

—¿Que qué hizo? En primer lugar, salir de su casa en zapatillas y con la camisa de dormir en cuanto oyó el estruendo del ciclón, tanto que tuvo que vestirse después en el lavadero. Allí estuvo dando órdenes toda la tarde y salvó por sí mismo dos talegos de ropa limpia y una coliflor que estaba abandonada debajo de un cobertizo.

El caso fué que el director del periódico dispuso que dedicásemos veinte ó treinta líneas á la heroica conducta de Becerrón, y él, agradecido, nos envió al día siguiente dos mazos de puros de á 15 céntimos.

Ahora, con motivo del incendio de la calle del Arenal, también «rivalizaron en hechos de valor las dignas autoridades,» según dice la prensa. El gobernador civil estuvo á punto de perecer aplastado por la repisa de un balcón, pero al fin pudo salvarse milagrosamente.

Un periódico consigna, lleno de emoción, este hecho, y añade que la referida autoridad civil perdió un gabán hermosísimo y recién estrenado. Aún no hacía cinco minutos que le había dicho una persona de la intimidad del gobernador:

—Pistonudo gabán. ¿Quién se lo hizo á usted?

—Porset.

—Buena prenda.

—Sí—replicó el gobernador,—pero tengo el presentimiento de que se me va á estropear.

—¿Por qué?

—Porque como tengo que acudir todos los días á los sitios de mayor peligro...

Y así fué: no hizo más que llegar á la casa incendiada y le soltaron un chorro los bomberos, estropeándole el gabán.

Por supuesto que no ha de faltar quien lo utilice, dado el buen corazón del Sr. Aguilera y la escasez de recursos de sus correligionarios.

El mejor día vemos por ahí á un diputado nuevo, con el gabán del gobernador y unas botas viejas de D. Venancio.

* * *

La proximidad de las elecciones y el crimen del El Escorial son los dos asuntos que siguen preocupando la opinión pública.

Unos hablan del niño Pedrín y otros de Céspedes; hay quien empieza hablando de las *chatas* y concluye pidiéndole á usted el voto para la candidatura del gobierno. Los muñidores electorales se agitan y los candidatos hacen toda clase de esfuerzos por aparecer amables y cariñosos.

Ayer me encontré en el teatro á uno de los caballeros que forma parte de la candidatura ministerial, y me echó los brazos con el mismo cariño que si nos hubiésemos criado juntos.

—¿Usted por aquí?...—me dijo estrechándome contra su seno.

—Sí, señor.

—¿Viene usted á ver el nuevo drama?

—Eso mismo.

—¿Y qué tal? ¿Cómo sigue usted?

—Bueno.

—¿Y en casa?

—No hay novedad.

—Aunque sea mal preguntado, ¿á qué distrito pertenece usted?

—Al del Congreso.

—¿Figura usted en el censo electoral?

—Sí, señor.

Nuevo abrazo del caballero, que me alarga un cigarro (bastante malo), y me enciende un fósforo, y me toca la cara, para preguntarme:

—¿Qué tiene usted aquí? ¿Un granito? ¿Le duele á usted?

—No, señor.

—No sabe usted cuánto me alegro.

—Muchas gracias.

—Pues usted ya sabrá que me presento.

—Sí, algo he oído.

—Usted no tendrá compromiso con nadie... ¿Le gusta á usted el queso de Villalón? ¿Sí? Lo celebro: mañana voy á mandarle á usted uno.

—No se moleste usted.

—No es molestia. ¿Lo prefiere usted seco ó mantecoso?

—Mantecoso.

—Perfectamente: mañana recibirá usted el queso... Y apropósito, ¿tiene usted candidatura de las mías?

—No señor, ni me hace falta.

—¿Por qué?

—Porque yo voto á los socialistas.

El candidato abrió los ojos hasta un punto inverosímil y se alejó de mi lado de prisa.

Dicho se está que no he recibido el queso.

LUIS TABOADA.

(Prohibida la reproducción.)

COSAS DE ELLOS

—Vamos, hombre, que te calles; pa desahogo mi mujer.

—¡Sí que la mía!...

—¿Ande vas

á comparar á la Inés, que es más prima que una tórtola, con ella?

—No sé por qué!

—Porque hay muchísima distancia entre las dos.

—Está bien,

Venceslao. Á tí, en diciendo que discutes con los pies, hay que estropearle un ojo cualquiera, ú es menester dejar que le montes á uno.

—¿Qué ponderativo!

—¡Á ver!

—¿Pero quién tié razón?

—Yo.

—¿No me falta á mí la Inés?

—Sí, señor; pero te falta por detrás.

—¿Qué tié que ver?

Eso indica que es más proba que la Ugenia.

—Ya lo sé;

pero voy á hablar yo aquí de probidaz ni honradez, cuando no hay entre una y otra ni el canto de un alfiler de diferencia. Yo digo, y creo que digo bien, que tocante á desahogo aún tié mucho que aprender tu parienta de la mía; y no te ofendas, Grabiél, si añido que respetive á confianza y á saber apreciar á su marido no vale ni un alcagüé la tuya; y si no, responde: ¿á tí te agravia la Inés, ¿no es eso?

—Me se figura

que ya lo he dicho otra vez.

—¿Lo sabes por ella?

—No.

—¿Por quién lo sabes?

—Por él.

—¿Por cuál?

—Por Rufino.

—¿Y tú

te carculas que está bien el que no haiga entre dos cónyugües franqueza y gusto y aquél pa decir, si llega el caso; «Me se ha antojao *haché* ú *bé?*» ¡Pues hombre, tendría gracia que entre marido y mujer se anduviese con tapujos, y gaitas y paripés! ¿Con qué ojczto? Entodavía está por la primer vez de que haiga obrao mi señora

sin darme parte. ¿Por qué? Porque es delicá y le gusta el interpretarme bien cuasi too. ¡Ahí está el quiz! Porque, señor, si la Inés te anda buscando las vueltas siempre que va á proceder á un azto, dicho se está que te la da de pagüé y que, por de consiguiente, ejecutas un papel feo ante la sociedad y ante el clero. Yo ya sé que el día que á tí te se hinche la vena arteria, va á ser cuando va á haber que decir: *Requiesca y pacen y amén*, por más de que haigas sufrido cuatro ú cinco años ú seis resinao; pero con eso, como comprendes, Grabiél, no se va á ninguna parte; porque voy á suponer que te occas y la matas cualquier día; bueno, ¿y qué? Na; que se ríen de tí Rufino y los otros tres, ú los que sean, y encima vas adonde no te dé la claridaz en un siglo, porque...

—Pero oye: ¿es que tiés cuerda pa un rato?

—Pa cosa

de un cuarto de hora. ¿Por qué? —Porque estás gastando el tiempo en dar lecciones á quien, como yo, pué ser tu padre muy fácilmente.

—¡Grabiél!

—Digo por la edaz.

—¡Pa chascal!

¡La culpa la tiene el buey que se mete...

—Bueno, mira;

apúntate diez y seis y corta la relación, porque ahora tengo que hacer. —¿Pero ande vas?

—Á tu casa;

porque hace ya cuasi un mes que no vesito á la Ugenia, y es muy posible que esté conmigo de morro.

—Entonces

yo te espero hasta las diez en la tuya.

—Como quieras.

—¿Vas á tardar?

—¡Yo qué sé!

Eso es según como caigan las pesas.

—Bueno, Grabiél.

Te lo digo porque allí ya no sabe uno qué hacer.

J. LÓPEZ SILVA.

HUMORADAS

Alababan á Rosa por hermosa, aunque dicen que no era nada buena, y alababan á Luz por virtuosa, que es bizca, chata, coja y muy morena... Al oirse alabar, con honda pena, suele Luz murmurar: «¡Quién fuera Rosa!»

Si sólo hay paz en la conciencia pura, explica cómo puedes dormir á pierna suelta, criatura!

¿Dices que por qué peca de tal modo, siendo tan religiosa, la condesa? Porque cada semana se confiesa, y el cura luego lo perdona todo.

Si es verdad que el amor muere de hartura, matémosle los dos, querida Pura.

Cuando te miro al tocador sentada, temiendo á esa labor tan delicada que hacen en ti tus primorosas manos, busco la retirada diciendo para mí: «¡Temblad, humanos!»

Toda mujer, Emilia encantadora, oye un día una voz que dice: «¡Ahora!»

Tu confesor, hermosa Filomena, me ha dicho que eres buena. Pero, dí, criatura, ¿por qué no cuentas la verdad al cura?

Una pena traidora me llena de tristeza: que, no creyendo en tu cariño ahora, creo más cada día en tu belleza.

No vayas más á confesarte, Pura, porque de fijo el cura, al ver escs primores, en vez de aconsejarte, te echa flores.

JOSÉ ESTREMERÁ.

EL CONFLICTO DE LAS CERILLAS

Mi amigo particular Carlos Rodajas solía fumar en grande y gastar muchos fósforos al día. Y hoy que ve Carlos Rodajas que la compañía monopolizadora de cajas de cerillas se da tono,

y que usando de sus fueros hace con duro tesón que el ramo de fosforeros presente la dimisión, dice: Nada de rencillas. Para encender mis cigarros no quiero usar ya cerillas, aunque las vendan á carros.»

Y en vez de una caja inglesa de mixtos, el buen señor lleva consigo á Teresa, su doncella de labor, que le sigue resignada sin que le importe la gente, pues ella está enamorada de su señor ciegamente.

¿Que murmuran? A mi amigo poco cuidado le da. Coge á Teresa, y consigo se la lleva á donde va.

A la oficina, al frontón, al Circo y á las Vistillas

la lleva en sustitución de la caja de cerillas.

Y tanto es así, que ayer le preguntó un compañero: —¿Quién es ésa? ¿Es tu mujer?

—No.

—¿Pues quién es?

—Mi mechero. Con ella no pasa apuros. Saca el hombre la petaca, corta la punta á los puros tan pronto cómo los saca, y para encenderlos Carlos, según él mismo confiesa, no hace más que aproximarse al corazón de Teresa, que es fuego lo que atesora, que es una viscera ardiente que á lo mejor se enamora de todo bicho viviente; con lo cual el buen Rodajas se vale de un corazón que se parece á las cajas en la trampa y el cartón.

..... El conflicto es nacional. Pero ya acabáis de ver que lo arregla cada cual como Dios le da á entender.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

Hay quien dice que nosotros los castelarios no tenemos independencia de ningún género y que no hacemos más que repetir las palabras de nuestro jefe.

No es verdad. Y el Sr. Pulido, candidato á la diputación por Murcia, acaba de demostrarlo en un manifiesto á los murcianos.

A ver si hay quien diga que el párrafo siguiente está tomado de Castelar:

«Se llevan mis ojos, dice el Sr. Pulido, el deleite de un cielo puro y hermoso y los panoramas de orientales vegas; y se llevan mis oídos la dulce voz de vuestras mujeres, bellas entre las más hermosas de España, cuyo timbre argentino y suave ceceo parecen encerrar las melodías de la lira griega y de la dulzaina morisca que aquí resonaron algún día.»

Ni esas vegas orientales, ni esa España con ceceo y con timbre de plata son cosas impuestas por el Sr. Castelar al Sr. Pulido; y yo, castelario de los más ortodoxos, y por consiguiente de los más republicanos, declaro que no me hago solidario del deleite de un cielo puro que se llevó el Sr. Pulido de Murcia. Más diré, soy muy parti-

PREPARATIVOS ELECTORALES



—¿Piensa usted votar?
—Sí, señor; en cuanto se me atasque el carro.



—Tú no triunfarás porque no tienes actividad ni sabes moverte. ¡Otro gallo te cantaría si saliera yo por ti a recorrer el distrito!



—¿Por quién vas a trabajar este año?
—¡Loma! Como siempre, por el del gobierno.
—¿Y quién es el gobierno?
—¡Yo qué sé, hija!



—Usted que tiene el derecho de votar tantas veces... ¡acuérdesese usted de mí cuando coja el saque!



—Ahí tienen ustedes lo que son las cosas. Estos son los días en que yo fumo puros con faja corada...



—El caso es que si yo saliera diputado no sabría qué hacer. ¡Ah, sí! ¡Darme un empleo de ocho mil reales!



—A ver si consigo el acta, para que me deje en paz aquella, que siempre me está pidiendo una plaza para su padre en el ramo de alcantarillas.

dario de la evolución, y opino que con el Sr. Pi no se puede ir á ninguna parte, mientras se empeñe en que tarde ó temprano pactemos; pero otra cosa es que yo, enemigo de los actos de fuerza, apruebe la conducta del Sr. Pulido, que va á por votos y se lleva panoramas de vegas orientales. Pero soy demócrata de toda la vida, ó de casi toda; las vegas no son orientales sino *secundum quid*; porque tal vega hay que con respecto á un sitio es oriental, y con respecto á otro es occidental.

Yo estoy seguro de que el Sr. Castelar no pretende imponernos á sus partidarios el dogma, inventado por el Sr. Pulido, de que España tiene un timbre argentino y un ceceo que parece una lira morisca y una dulzaina griega, ó viceversa.

No; *in dubiis libertas*, dijo el santo y dirá Castelar.

El Sr. Castelar no pretenderá imponernos la retórica del Sr. Pulido. Nadie más amigo que yo del presupuesto de la paz... pero sin dulzainas.

Y que no se me ponga en el disparadero.

Porque ya cuando todos éramos republicanos sueltos y empezaban á formarse núcleos yo contestaba á los que me preguntaban adónde me iba:

—¿Adónde? ¡Adonde no vaya el Sr. Labra!

Porque opino que con un hombre que dice tantas veces *si que también* no hay partido posible, y ya lo verán los centralistas, que no han de poder hacer vida de los vicios de dición ó de palabra del Sr. Labra.

El Sr. Pulido es, como autor de manifiestos, todo lo Labra que puede ser un posibilista; pero con la circunstancia agravante de que en un partido que tiene por jefe al primer orador de España parecen muy mal los escritores que no saben escribir.

Los republicanos coligados, hasta cierto punto, creyeron oportuno dar un manifiesto y se le encargaron al Sr. Labra... y claro, al primer tapón unos cuantos solecismos.

Pues bien, yo quiero evitar que mi partido pueda dar el día de mañana semejante espectáculo.

Porque figurémonos que queremos hablar al país, y por un olvido ó distracción de Castelar, se le encarga la redacción de nuestra soflama al Sr. Pulido...

¡Yo desde ahora anuncio que no firmo lo del ceceo de España, y me guardaré bien de verter la última gota de mi sangre, ni aun la primera, en defensa de la atrevida hipótesis de que el timbre argentino de alma nacida se parezca á la lira griega que habrá resonado, ó no habrá resonado, en Murcia.

Antes me haré ultramontano que reconocer las vegas orientales.

Todo esto no quita que el Sr. Pulido y yo podamos pensar lo mismo, sobre poco más ó menos, en materia política, aunque no juraría que las razones filosóficas que á él le llevaron al castelarismo coincidan con las mías; pero de lo que estoy seguro es de que en el lenguaje oral y en el escrito el Sr. Pulido y yo disintimos, estamos separados por un abismo que no se salva ni con un puente como el que él quería hacerles á los de Murcia.

Tal vez algún día yo me presente á los comicios ó á los gobernadores para que me hagan diputado; y acaso, echando la casa por la ventana, publique un manifiesto.

Será un programa gubernamental, pediré orden y economías, pero la dulzaina morisca disfrazada de ceceo que yo me lleve en los oídos, que me la claven en la frente.

Yo creo que aquí el gobierno más oportuno es la república; la república que cuente con las clases conservadoras, que haga un concordato barato y pague á los curas con buena fe y poco dinero; creo que esa república debe tener por presidente á Castelar, que es la primera figura de la democracia española... pero al mismo tiempo creo incompatible la felicidad de la patria con los manifiestos de Pulidos y Labras.

¡Oh, si Labra y Pulido quisieran hacer un partidito para ellos dos... y algunos otros que ya irán saliendo!...

¡Qué manifiesto tan cuco les podría escribir Canalejas!

Ese Pando y Valle en grande.

(Grande en chico.)—Como procuraré demostrar en un trabajillo titulado: *Las terceras oposiciones de Canalejas*.

CLARÍN.

¡VIVA LA PEPA!

En los principios de Marzo de mil ochocientos treinta, y en esta villa del oso que á sus *gatos* dió nobleza, un curiosísimo lance pasó entre gente *chispera*, y voy á ver si le canto como el cronista le cuenta.

En las Vistillas nacida al nacer la primavera, para ser en aquel barrio orgullo de madrileñas; la que comadres devotas llamaban Mari-Josefa y Pepa la *gitanilla* sus alegres compañeras, tuvo un amor, uno solo, de esos que todo lo llenan

y que las almas abrasan y los sentidos incendian.

El novio, *echador de vino* en muy popular taberna, donde guitarras de Apolo de Baco alegraban fiestas, llegó, entre malos espíritus de Chinchón y Valdepeñas, á ser el fin de las ansias de la viuda-tabernera.

A Juan le tenían loco las gracias de la doncella; pero el *echador de vino* también echaba sus cuentas; y en su boda con la viuda hallaba segura renta, y el tono de propietario y de amo la independencia.

La noticia del bodorrio circuló de puerta en puerta y diósele á la Pepilla, en son de burla sangrienta, la amiga más entrañable, envidiosa de sus prendas, celosa de su alegría y ganosa de sus penas.

En el mes más celebrado por la rival retrechera, quiso de su error la viuda hacer cómplice á la Iglesia.

Como de Marzo era el día: tronchaba el viento veletas, y desquiciaba ventanas, y destrozaba vidrieras.

Para ver pasar la boda de Juan y su compañera, se arrimaban los vecinos á los huecos de las tiendas.

Mas la boda no pasaba: pasó la preciosa fiera

con aires de desaffo y tonos de satisfecha.

Pepilla al venal amante dejaba ya en su bodega mal pagado de traiciones con dos *chirlos* en la jeta.

Seguíala mucha gente dando color á la escena, celebrando de la moza la hermosura y la fiereza.

Y el ventarrón, envidioso de aquel aire de caderas, guardapiés y enagua hacía turbantes de la peineta.

Y adelante la manola, olvidada de lo honesta, saludando á los vecinos que al paso la vitorean.

Y ante el revuelo de faldas, los chuscos del barrio mezclan gritos de «¡viva la popa!» con los de «¡viva la Pepa!»

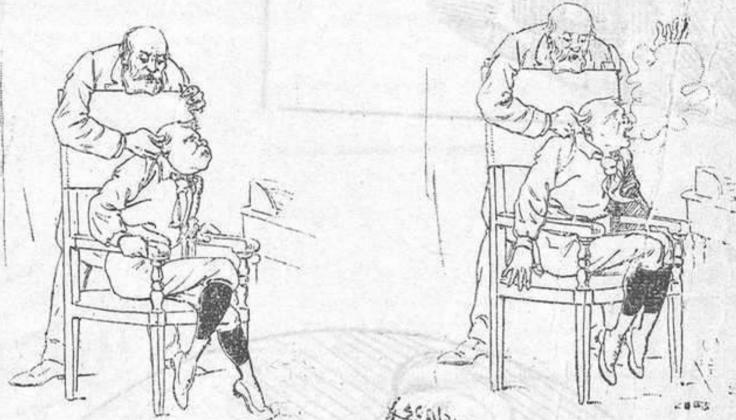
EDUARDO BUSTILLO.

LA DISCULPA



—¡Anda, que si mi papá me viera!...

—¡Demonio! ¡Él!...



—¿Qué hacías, granuja?

—¡.....!

—Vamos, responde.

—Estaba... ¡leyendo!

DIALOGO EDIFICANTE

—¡Ameme usted, por Dios!

—¡Si soy casada!

—¿Y eso qué importa? ¡Nada! No merece respetos un marido que la abandona á usted, y es un perdido.

—¡Ah! ¿Conque es un perdido?

—Sí, señora,

¿se entra usted ahora?

Mientras usted se aburre y desespera siempre sola, sin goces ni placeres, él con otra mujer ¡y otras mujeres! se las da por ahí de calavera.

—¡Jesús!

—Y, claro está, cuando el demonio los lazos rompe así del matrimonio, el mismo Dios permite que se tome el desquite.

—¡Qué bromista es usted!

—¡Ay! No hablo en broma;

debe usted desquitarse.

—¿Sí?

—Conmigo.

—Llega usted tarde, amigo.

¡El desquite es mi esposo quien lo toma!

SINESIO DELGADO.

DOS NOVIAS

Se llamaba Fortunata
y era como pocas bella,
y aunque ni esquivaba ni ingrata,
reñir me hicieron con ella
sus pujos de literata.

Pues pintándome su amor
me hablaba de autores mil,
de la pradera y la flor
y del vuelo del condor
y de la brisa de Abril.

Y á los delicados sores
de su lira sin rival,
á nuestros dos corazones
les entonaba canciones
que me sentaban muy mal.

Era su trato cortés;
mas, por desgracia, después
de algún rasgo afable y fino,
citaba un autor, ya inglés,
ya noruego, ya latino.

Recuerdo que llegó un día
que, en su constante manía,
fué tanto el exagerar,
tanta la pedantería,
que no la pude aguantar.

Desde entonces, á mi duelo
busqué consuelo en un cielo
que Consuelo se llamaba;
mas, ¡ay de mí que Consuelo
tampoco me consolaba.

Y no es que citase autores
ni hablase de la pradera;
es que en sus cartas, lectores,
pintábame sus *hamores*
de muy extraña manera.

Una posdata decía,
sin quitar punto: «Halma mía,
hen hesta bida hilusoria
sólo nuestra hamante historia
hes mi hafán hi mi halegría.»

Tal me llamó la atención
lo poco que escrito dejo,
que, del débil corazón
sin escuchar un consejo,
mandé la contestación.

«Tu carta me causa espanto:
yo tantas haches no aguanto.
Perdona, Consuelo bella,
mas quieres á la hache tanto
que me das celos con ella.»

Y hoy busco sin descansar
una mujer ejemplar
que no me cite un autor
ni escriba con hache amor...
¡cosa difícil de hallar!

Porque suele suceder,
lectores, con la mujer
lo que acabo de decir:
se *ilustra*... y es de temer;
no se *ilustra*... ¡y á morir!

JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO.

EL PADRENUESTRO

I

Aunque la dijo el novio que no había
ningún peligro en asistir á un baile,
ella creyó que el caso
merecía la pena de pensarse,
y esperó á consultarlo... con la almohada,
la ninfa Egeria de apurados trances.
Acostóse y rezó, según costumbre,
un padrenuestro á su bendita madre.

.....
¿Qué resultó de la consulta? Poco;
el laconismo de estas cuatro frases:
«Querido Julio: Si también asisten
Paz y su novio, iré. —Te adora, Carmen»

II

Si una mujer se empeña en que se sequen
los turbulentos mares,
que el sol no preste claridad al día,
que se desplomen pueblos y ciudades,
por ser de conveniencia estos fenómenos
para sus citas y amorosos planes,
el día se oscurece, el mar se agota
y el mundo con estrépito se cae...
Carmen, pues, consiguió, sin un tropiezo,
burlar la vigilancia de su padre.

III

Amanecía ya. Desordenado,
lleno de manchas el vistoso traje,
pálido el rostro, la mirada incierta,
el pecho palpitante,
Carmen entraba en su modesta alcoba,
aún helada la sangre
por el miedo cerval que le produjo
el ligero chirrido de la llave.
Se desnudó deprisa. En su cerebro
se atropellaban locas las imágenes;
quería recordar, mas lo pasado
lograba solamente reflejarse
en su débil memoria
con esa confusión del aquellarre.
Acostóse, y sintiendo todavía
en sus labios los labios de su amante,
no se atrevió á rezar aquella noche
el padrenuestro á su bendita madre.

ANTONIO MONTALBÁN.

CHISMES Y CUENTOS

Suplicamos encarecidamente á todos los señores que nos han encar-
gado colecciones encuadernadas que nos imiten en lo de tener paciencia...
¡No las hay todavía!

Los talleres de encuadernación se parecen á las cosas de Palacio en
que van muy despacio.

Por algo decía el inolvidable Larra que para encuadernar libros había
que tomar la determinación de enviarlos á París, donde los despachaban
más pronto, mejor y más baratos. En esto, á pesar del progreso, estamos
como en tiempos de Larra.

Pero confiamos en que, tarde ó temprano, nos traerán los tomos, y ¡jura-
mos por nuestro honor servir los pedidas á vuelta de correo!

Al formar Dios tu boca virginal
tomó un panal riquísimo, Isabel,
y extrayendo para ella pura miel
tiró luego la cera del panal.
(¿Me has pedido, Isabel, que no mintiera?
¡Ahí tienes la verdad pura y sin... cera!)

ENRIQUE CARRERA.

Leo:

«El célebre partido de pelota anunciado para hoy en el frontón de Jai-
Alai, y suspendido por el mal tiempo, se verificará mañana.»

¡Demontre! ¿No se ha verificado todavía y ya es célebre? ¿Cómo habrá
sido eso?

¡Luego dicen que la posteridad es la que hace justicia!

En el *albur* de mi amor
tus ojos son los que tallan,
tu primo es un *punto fuerte*
y tu madre la *contraria*.

A los tiempos de líos y de gresca
les llaman hoy la *edad caballescaca*.

CAMILO BARGIELA.

Libros:

Tipos de café, interesante libro en que con gran espíritu de observación
y ameno estilo estudia el autor, D. Eduardo Zamacois, á varios apreciables
sujetos. Precio: una peseta.

Fa sostenido, de Alfonso Karr; versión castellana. No necesitamos enca-
rrecer la importancia de esta obra del célebre novelista francés. La casa
editorial ha hecho, al traducirla, un gran servicio á los amantes de la buena
literatura. Precio: una peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Piltrafilla.—Las tres son medianas, sin novedad en el asunto ni fluidez
en la forma. El romancillo, además, tiene un ritmo verdaderamente endia-
blado.

Sr. D. A. B.—Abusa usted de los diptongos, y eso hace los versos de-
masiado duros.

Sr. D. M. M.—Madrid.—Tampoco hay soltura ni verdadera poesía en
ese soneto, que la requería por su índole especial.

Sr. D. M. G.—Lo primero que se debe hacer es contar las sílabas.
Porque le salen á usted muchos versos cojos incurables.

Uno del Liceo.—Aquello se acabó porque... tenía que acabarse. Pero
con hartos dolores de nuestro corazón.

Micifus y Zapirón.—¡Qué buen humor les ha dejado á ustedes el capón
de marras! La *hache de halarde* ¿es broma también?

Sr. D. M. M. V.—Los cantares han de tener un sello especial que no
tienen éstos precisamente.

Canastos.—Tampoco puedo aprovechar ninguno.

Pepita Piporro.—Se agradecen los floreos, aunque inmerecidos. Haga
una nota de los números que le faltan y venga á recogerlos cuando gus-
te... ¡No faltaba más!

Sr. D. F. J. R.—Copiaré la primera:

«Al lado de tu tumba
no ceso de llorar
y aunque pasa gente
nadie me puede consolar.»

¡Y á eso lo llama usted una seguidilla! Comprendo las lágrimas al lado
de la tumba.

¿Qué tal?—Medianita. Digo, por lo menos á mí me lo parece.

Un madrileño.—Tiene el defecto que trae consigo el pie forzado. Que es
adocenado y vulgar. ¡Es tan difícil hallar una idea nueva en tal asunto!

Un incansable.—Peca de atrevida; y es lástima, porque está versificada
con mucha soltura. En esto adelanta usted visiblemente.

Sr. D. A. S. J.—Bastante malo le ha salido á usted todo eso. ¡Paciencia!
Otra vez saldrá mejor, si Dios quiere.

Kastelar.—No; no puede publicarse, porque ese chiste es demasiado
viejo y... demasiado inocente. Parece cosa de niño pequeño.

Sr. D. L. S. V.—En efecto, no le ha engañado á usted el corazón. Sobre
todo, la que no tiene título es de un mal gusto marcadísimo. Porque, como
usted comprenderá, no se puede hacer chistes con tales horrores.

Fray Relámpago.—Es inocente y sencilla como un pájaro. Hay que huir
de la ñoñez como de las malas compañías.

Pepe.—No está mal del todo; usted llegará á hacer algo publicable. Pero
no se deje usted llevar demasiado de esa especie de romanticismo á lo
Espronceda. Porque es muy peligroso.

Sr. D. M. Q.—Buenas... para improvisadas en un círculo de amigos.
Pero fuera del círculo... parece, á primera vista, que no tienen pies ni ca-
beza.

Madrid, 1893.—Tip. de los Hijos de M. G. Hernández, impresor de la Real Casa.
Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS



No hay pelo como el pelo que yo he logrado echar usando á todas horas la *Quina Palomar*.
Fuencarral, 24.
Droguería y Perfumería.



¿No habéis tomado leche buena y barata? Pues visitad un día *La Flor y Nata!*
Plaza de Celenque, 1.



Al ir los diputados á sus distritos, se van á que la boca les limpie *Tírso*.
Mayor, 73.



Venid, pastorcitos, venid á beber Jerez de la marca *Viuda Ruiz de Mier*.
Representante en Madrid: Valverde, 8, pral. dra.



Ya no saludo á nadie que no gaste chistera, puesto que llevo un traje de casa de *Pesquera*.
Magdalena, 20.



Cognac bebe Bismarck al rato de comer. ¿Qué clase de Cognac? ¡Del fino de *Moguer!*
Sobrinos de Guinea.
Arenal, 2.
(Depósito de vinos.)



Decía el ilustre sultán de Damasco: —¿Qué sombreros vende *García Carrasco!*
Carretas, 26.



En lugar de sardinas buenas de Nantes, compro *fotografías interesantes*.
Catálogo 50 céntimos en sellos, dirigidos á The Publishing Office.
Amsterdam.



Hay camisas con cuello de pajarita, que al verlas una joven se despepita.
Martínez, San Sebastián, 2.



¿Queréis que os sigan todas las chicas del lugar? Poned en el pañuelo *Colonia Palomar*.
Fuencarral, 24.
Perfumería y Droguería.



—Se añaden veinte duros al inventario, importe de una cama sobredorada.
—Pero si es una cama, señor notario, del *Bazar de la Plaza de la Cebada!*

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobre ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO